

Trilogía Sucia en La Habana: Desde la azotea al mundo

Viviana Polli
Universidad Nacional de la Patagonia
San Juan Bosco

Abordar un texto como La Trilogía sucia de La Habana, de Pedro Juan Gutiérrez, constituye un desafío, porque está inserto dentro de la vida cotidiana de Cuba de la cual sabemos lo poco que se nos informa y lo que presuponemos. Admiradores y detractores de la Revolución y de la figura de Fidel Castro han construido diversidades discursivas y, en consecuencia, nuestro acercamiento estará siempre permeado por lo que quieran o puedan decirnos.

La idea de la cual se parte cuando se aborda una obra literaria escrita dentro de Cuba por un cubano es que tanto en el texto como en el contexto puedan estar insertos lo bueno, lo malo o lo feo de la situación cubana. La Trilogía sucia ofrece, desde una situación cuasi autobiográfica, un vaivén en el que asoman tanto la desesperanza como la utopía, ambas cuestiones válidas para indagar en la construcción del imaginario en cualquier parte del globo. La isla funcionaría, entonces, como esa pequeña porción del mundo que encierra parte de la trama de la aldea global.

Podría ser admisible pensar la Trilogía como una larga crónica o como un serial de pequeñas crónicas que se van entretejiendo sutilmente hasta llegar a constituirse en un retrato. Esas pequeñas crónicas se van armando con “huellas, memoria, restos. De ecos, de aquello que ha quedado sin voz o ha perdido el sentido”¹. (Achugar 242)

Están, en la Trilogía, todas las ansiedades, temores, desilusiones, que involucran al hombre de la contemporaneidad, el que hoy trata de sobrevivir con lo que le *hicieron saber* y le *hicieron creer*: que el futuro era una posibilidad compartida, que sobre la memoria era posible hacer una re-construcción y proyectar un futuro diferente, integrado socialmente. Hay dudas en el narrador respecto de la posibilidad de pensar, en esta instancia del mundo, en una revisión de aquel pasado eufórico y optimista del cual quedó sólo una idea teórica que hoy mira con angustia el desmadre de la irracionalidad, la borradura del pasado, el ataque sobre la memoria para favorecer el olvido, o la indiferencia.

En ese sentido, acuden inmediatamente voces como la de Achugar, cuando, al referirse específicamente a la sociedad uruguaya, pero que, indudablemente, involucra a todos, señala:

“La sociedad (...)ha alcanzado en nivel de una resignación fatalista que se integra perfectamente en esa suerte de “que le va’cha’che que nos identifica como comunidad”. (Achugar 45-46)

¹ Achugar, Hugo (2004) “El papel de la memoria en una memoria de papel. A propósito del arte de Ernesto Vila. Posdata”. En: *Planetas sin Boca. Escritos efímeros sobre arte, cultura y literatura*. Montevideo, Trilce

Así, enfrentados y confrontados ante la necesidad de una revisión profunda, los países que sufrimos dictaduras, junto con otros que aún las sufren y otros con regímenes democráticos o simulacros de tales, observamos la persistencia de los signos de opresión, de censura, de desapariciones que se suponían eran cuentas pendientes a saldar para fortalecer los vapuleados imaginarios.

La Trilogía,* aparentemente desarticulada, se rearma desde la nostalgia por lo perdido, desde el olvido, desde lo escatológico y hasta el desenfreno sexual. Nos instala a todos en la realidad, en un micro espacio, en una azotea que no es tanto el lugar donde, desde lo alto, es posible soñar con el aire, con el mar, con la libertad, con el lugar sin límites. Esta azotea, metáfora contemporánea, es un malformado mangrullo, pestilente y precario, que sólo permite atisbar restos de naufragios, balsas que transportaron alguna vez personas, otras ideas, utopías, textos que hoy son sólo representaciones de vestigios escriturales.

Este es el lugar desde dónde se habla.

De ahí que el narrador recupere, cada tanto, los eslogans de una Revolución, que comparecen para compartir el espacio-tiempo junto con los otros eslogans, los que están fuera de la isla y que siguen apostando, con una anacronía escondida, a las nuevas formas de *hacer creer* qué es o qué significa hoy la felicidad: si comprar o no comprar, si tener o no tener, si irse o quedarse, si intentar el sueño americano/ o el sueño mileurista o quedarse, cuestiones que, a estas alturas, responde el mundo contemporáneo con la excelente respuesta de Groucho Marx al mozo cuando le pregunta si quiere té o café y éste le responde: "sí, por favor". Al personaje, todo le da igual.

¿Cuba es disciplina, propaganda, opresión, encierro? Quizás sí, pero qué decimos los que estamos también insularizados en nuestros territorios continentales? ¿Qué pasa con nuestros balseros que viajan a través del desierto, mojados y aturdidos, o en jets, convencidos por otras ofertas, o subyugados por presuntas demandas? Tenemos la libertad de decir, de salir, de movernos, pero ¿esa posibilidad es tan así?

Como el protagonista y alter ego de la Trilogía, estamos igualmente solos, enfrentados a opciones inútiles, que perderán sentido en el instante mismo en que se opte por una, censurados y autocensurados, manipulados, verticalizado nuestro pensamiento propio, alentados a seguir las normas globales para no quedar fuera del mundo, obligados a comportarnos como quiere el otro sin tener muy en claro quién o cómo es ese otro.

De ahí que este narrador, que se encarama en la azotea, de vez en cuando alerte sobre su propia claustrofobia, sobre la docilidad, propia y ajena, y se permita señalar, en un comentario cuasi rasista, que hay negros inteligentes y negros que "*tienen la cabrona mentalidad agazapada de esclavo.*"(Gutiérrez 13). El balbuceo de Calibán, entonces, no alcanza, porque si la memoria no ha podido ser democratizada, el presente seguirá siendo sólo mirar pasar la vida desde la azotea y el futuro el olvido.

Esta metáfora de la azotea, junto con otras, como la del ascensor, aparecen en la Trilogía para implicar no sólo lo obvio del encierro, que forma parte de la vida cubana, sino enfocar también la persistencia de los muros que, sólo a veces, dejan un resquicio para la salida si es que alguien se anima a franquearlos y otros muros, que se levantan con presteza, amparados en leyes inconcebibles que afectan cuestiones inmigratorias, cuestiones de raza, de sexo, de género.

Todo lo que preocupa a este narrador tiene fechas: la del 58 como la de lo posible, la de los 80 como las de la euforia, la de los 90 como la de la desilusión y la desesperanza. De ahí que vivir en La Habana en el 94 sea algo superador del surrealismo: es real, porque para vivir en Cuba “hay que estar loco, borracho o dormido” (Gutiérrez 36). El negarse a todo lo formal, lo establecido, es el resquicio, es la forma de salir de ese estar entre la espada y la pared. Como escritor que es o se presume, no quiere a la crítica, a los profesores de Literatura, al periodismo, a todo lo que puedo ocultar o disfrazar esa realidad: la que no queremos ver, la que nos obligamos a no ver, la que volcamos al olvido cotidiano junto con los otros olvidos.

Para el narrador, todo es una mentira: las buenas costumbres inculcadas son buenas según quién las impone; todo lo que es atinado, oportuno, es falso y pedante. Es lo que permite seguir en el redil, atados y amordazados por las riendas ficticias de la mentira y de la censura. De esa manera, pueden convivir, en Cuba, el mundo del hambre, el de la suciedad, con prendas de 400 dólares ofrecidas por los shoppings isleños, prendas que muy pocos pueden comprar, y que, en otras sociedades, aunque libres de bloqueos, se adquieren como simulacros de posesión y de felicidad en mercados de la periferia global..

Esto es Cuba. Pero esto es también Latinoamérica. Con sus matices diferenciados, es verdad. Se recuerda lo que decía en algún texto Clifford Geertz: “Los problemas, siendo existenciales, son universales; sus soluciones, siendo humanas, son diversas.”

Hay regiones donde alguien enfatizó que la propiedad es un robo (Gutiérrez 52), pero unos pocos son parte de esa propiedad, custodiada por “mercenarios” a quienes alguien les hizo creer que formaban parte del poder. Pero también hay otras donde el eslogan se disfraza para actuar de la misma manera: “la tierra es para el que la trabaja”, “lo que buscamos es el bienestar general”; “si no me votan, vendrá el caos”. Por eso quizás el narrador enfatice en que “es preferible ser un imbécil que un pobre lúcido o “un brillante suicida potencial o un remoto combatiente de la revolución Mundial”. Y lo describe:

“Me costaba trabajo aprender a autoabastecerme”. Yo seguía creyendo que era imposible. O que era inhumano. “El hombre es un ser social”, me habían repetido muchas veces. Eso, más el calor del trópico, la sangre latina, mi mestizaje fabuloso, todo conspiraba alrededor, como una red, incapacitándome para la soledad. Ese era mi problema y mi reto,:

aprender a vivir y a disfrutar dentro de mí. Y el asunto no es sencillo: los hindúes, los chinos, los japoneses, todos los que tienen culturas milenarias, han dedicado buena parte de su tiempo a desarrollar filosofías y técnicas de vida interior. Así y todo, cada año se suicidan en el mundo unos cuantos miles, aplastados por su propia soledad (...) (Gutiérrez 82)

Uno a uno van cayendo, con la Trilogía, los mitos modernos o posmodernos o de la contemporaneidad, para acomodarse o apilarse en esta Babel que somos y que el arte ha recreado de mil maneras para llegar a la misma conclusión: que el hombre no es tanto un ser social, que la solidaridad es un mito, que en realidad estamos “anclados en tierra de nadie”.

Lo que queda, entonces, para el protagonista, es aprender a vivir con la nostalgia, nostalgia que se desploma con mayor fuerza en la azotea, panóptico ambiguo, porque permite estar cerca de las estrellas, pero también cerca de la tierra y del infierno. No se vislumbra nada desde ahí, ni horizontes que puedan llevar a otra parte, porque aún los que quieren irse deben hacerlo a partir de una ilusión ilusa, de una mentira globalizada, que habla sólo de lo lindo y deja fuera lo malo y lo feo. “Treinta años para construir un hombre nuevo y ahora...”, (Gutiérrez 97) reflexiona en narrador, y con él los lectores.

Reflexión: ¿acerca de la sociedad cubana? de la Latinoamericana? de la sociedad en general? El que mira, el hombre situado, mientras observa cómo los propios policías que deberían desarticular a los que arman balsas, cosa que hicieron por 30 años, los ayudan a hacerlas más fuertes, piensa:

De pronto, los políticos de los dos países (EE.UU y Cuba) deciden hacer las cosas al revés, porque a ellos les conviene. Y todavía hay gente que aún se asombra del absurdo, del arte abstracto, del surrealismo. Basta con vivir un poco y mirar alrededor. ¿o no? (Gutiérrez: 36)

Las Revoluciones, a lo largo de la historia, alentaron un optimismo que la contemporaneidad está desnudando, poco a poco, para mostrar la sobrevaluación de la frontera, el hiperindividualismo, la segregación, la discriminación, la ley de Arizona, los nuevos muros... Ser gay en Cuba es inadmisibile y riesgoso. En el resto del continente obtienen a duras penas leyes mientras la realidad las sobrepasa; la pobreza y las enfermedades emergentes de ella reaparecen; la igualdad de oportunidades sigue siendo un universal ocultador al igual que el bienestar general, el amor a la patria, la política como el arte del buen gobierno. Nuestro personaje, hoy, observa que luego de años de instrucción, con mucho manual marxista, entendió que la cuestión se resuelve en un “o crees esto que digo o.... No ve a qué aferrarse, lo que lo pone nervioso porque implica que permanecerá a la deriva. Queda la nostalgia, pero hasta

esto lo siente como algo que se ha perdido, porque los padres de la teoría parieron a sus hijos en la hipocresía, casi en un *haz lo que yo digo pero no lo que yo hago*. La desilusión ni siquiera puede ser compensada por la nostalgia porque no hay un fundamento ético que la sostenga. La política, si bien no está explícitamente desplegada en la Trilogía, esta latente en el juego de unos pocos quienes obviando propuestas reflexivas, hacen pensar que el consenso es un mal chiste. Así, la cuestión generacional, simpática oposición de un pasado nostálgico, es hoy una encarnizada visión polarizada con rumbo incierto y resultados sin espera. Como señala Achugar:²

Los primeros (los viejos)-junto al milenarismo apocalíptico, a la explosión de las pestes contemporáneas y al inexorable proceso de globalización, nos vemos enfrentados a la amenazante certidumbre de que ya somos individuos del siglo pasado. Pronto dejaremos de ser parte del presente para ingresar en la categoría de sobrevivientes del pasado, perteneceremos a la historia. La memoria viva será sustituida, en el mejor de los casos, por la historia y, en el peor, por el mero olvido. Seremos ya materia para el documento, memoria de piedra, ya desgranada materia, involuntario y no elegido olvido. En ese sentido, la angustia nace no solo de la más que probable posibilidad de transformarnos de sujetos de la memoria en objetos de la memoria, sino también de transformarnos de amos de nuestra memoria en esclavos de la memoria de otros. (Achugar,130)

El personaje de La Trilogía se inscribe en *querer re-hacer*: rehacer su vida al tratar de rehacer un cuento. Retomar las ideas y volver a pensar ante la página en blanco, metáfora del desafío. Para ello, decide transformarse en un “revolcador de mierda”, hacer un arte irreverente o atormentado que, para el personaje, es el que sirve; el que no es lindo, ni perfumado, ni prolijo, sino indecente, violento, grosero, que muestra en directo “la otra cara del mundo”. Revolucionar de otra manera, volver sobre los pasos pero para plantear un futuro ante los riesgos contemporáneos de repetir los mismos errores, de terminar aplaudiendo hoy lo que mañana deberá ser será reprobado, de terminar, con la “memoria congelada.”

Bibliografía

Achugar, Hugo. *Planetas sin boca. Escritos efímeros sobre arte, cultura y literatura*. Montevideo, Trilce, 2004.

Geertz, Clifford. *La interpretación de las culturas V*. Barcelona, Gedisa, 2001

Gutierrez, Pedro Juan. *Trilogía sucia de La Habana*. Barcelona, Anagrama, 1998

² Op.cit. Achugar “El lugar de la memoria. A propósito de monumentos (motivos y paréntesis)”. *Planetas sin boca. Escritos efímeros sobre arte, cultura y literatura*. Montevideo, Trilce, 2004: (129-130)